

Carta abierta

Alberto Muñiz Sánchez

Fundador y Presidente de la CIUDAESCUELA MUCHACHOS

Luis:

De nuevo recurro al folio, para comunicarme contigo; como he venido haciendo en exclusiva estos dos últimos años, desde que la enfermedad (una avería linfática) me hizo sedentario.

Hasta entonces solía hacerlo con frecuencia en el dorso de una postal de alguno de mis destinos esporádicos, a los que me llevaba el cumplir con algún compromiso, o el descansar de ellos. Esta vez eres tú el que te has ausentado y te toca a ti hacerlo: hacerme llegar una postal de ese lugar definitivo que has elegido -y merecido-, posiblemente desde niño. No tendrás que hacer, como me ocurría a mí, el esfuerzo de escoger la más guapa y sensata, generalmente la menos turísticamente correcta.

Seguro que mi última carta te sirvió de alivio en tu propio calvario, quizá lo único que no has querido compartir con nosotros y que con tanta discreción sobrellevaste: en ella, como recordarás, te informaba, de mi nombramiento como hijo adoptivo de Leganés (creo que tardío, aunque en consenso, como expuse en mi breve alocución en el acto de entrega) y de la concesión de El Premio Hidalgo 2003 de la Asociación Presencia Gitana; y te ponía al corriente, además, de la próxima publicación de dos libros míos, uno infantil - "*Que bueno es ser bueno*" - y otro, escrito al alimón con Antonio D. Olano y el propio protagonista, Juan Carlos Delgado, antes *El Pera*. Ya han visto la luz... Lástima que éstos no pueda, como hice con los otros, "terminarlos" para ti, es decir, dedicártelos. Tendrás que leerlos así...

Me debes además respuesta. En nuestro reciente encuentro -al único que asistí sin tu invitación previa-, en tu penúltimo y austero hogar compartido, en el libro virgen de pésame, a través de un niño, te ofrecí una flor, símbolo de lo bello y eterno; y es que, allí reposando con tu gesto de siempre, parecía que estabas gastándonos una broma, que simulabas dormir; a pesar de que tu rostro acusaba el duro y discreto pulso que debiste mantener con la enfermedad; el gesto de siempre, adusto y amable, dispuesto a escuchar, consciente de que las palabras pueden valer menos que el silencio; fiel hasta el final a tu máxima: "Quien habla siembra y quien escucha recoge".

El libreto Cemu -nuestra primera publicación- está dedicada "a los que han sabido acercarse y ser amigos". Es decir, a ti sobre todo, ejemplo de esas personas excepcionales, cuya situación social de bonanza merecida, *hábitat* de ventanas amplias -físicas y éticas- que además de acceder al singular paisaje de su entorno, permiten advertir el que hay detrás, no demasiado lejos, y saludar, dar la mano incluso, a los semejantes que la necesitan. A los niños sobre todo; que se lo digan a los de La Ciudadescuela, o a los de Enrique Castro... Algunos andaban ya echando de menos tus visitas...

Esas mismas ventanas, según leí a Rafael Navarro Valls, quiere abrir Benedicto XVI desde su Casa de Roma, con vistas "... al Tercer Mundo como uno de los desafíos de su pontificado <...> ... exaltar la dignidad de los jóvenes entregados a los demás -voluntarios sociales-, cultura de la vida, antipoda de los entregados a la banalidad y a la droga: anticultura de la muerte".

"Que han sabido acercarse..." Nadie lo supo hacer como tú. Te estoy viendo -y podría dibujarlo-, el día que entraste en mi despacho con la naturalidad de la persona que parece conocernos -que creemos conocer- de siempre, con tu sonrisa y porte, esa llana ropa (sueter y pantalón gris) incapaz de escamotear la distinción y el donaire; y nos apretamos la mano -"¿Cómo va todo Tío Alberto?"- ¡Vaya aprieto! Qué duro me resultó simultanear el trato de confianza con el esfuerzo de escudriñar en mi memoria, de ubicar en su lugar a persona que creía tan allegada: entre los compañeros de pupitre o de

universidad; de actividad creativa y bohemia... Por eso yo te atendí llanamente, sin dejar mi tarea, de despacho en despacho, ora sacando a mi delineante Felix de sus dudas sobre un plano de arquitectura, ora resolviendo con el secretario; o escuchando a los niños que venían a pedirme ayuda o a saludarme. Y al tiempo, procesándome, tratando de poner nombre a quien lamentaba no recordar. A quien me acompañaba en este trasiego, comentando y opinando; incluso ayudándome en los consejos y ánimos a los chavales que debían compartir, sin zozobra, mi empatía hacia ti. Y recibiste también su beso de agradecimiento.

Nos despedimos con la misma familiaridad -y, por mi parte, padecimiento- y sólo, después, en el despacho del secretario, la tarjeta que le dejaste, de golpe, desveló tu identidad y esa realidad -¿era la ¿primera? vez que nos veíamos!- no pudo con la sensación que me dejó tu presencia, convencerme de que no eras el amigo de siempre. Porque, claro, así debió de haber sido...

Esa visita singular no podía ser más que el preludio de la bonanza. A partir de entonces, gracias a tus oficios, créditos bancarios mediante, la Ciudadescuela, como un Ave Fénix, resurgió de sus cenizas económicas: nuevos edificios tomaron cuerpo en torno a una Catedral de Niño. Ella también sabría enseguida de tu generosidad recibiendo en custodia una hermosa talla de Cristo -mas ascendente que crucificado- obra de Remigia Caubet y una Virgen toledana.

Y en esa ciudad creciente se volverían a repetir tus visitas, con la misma solemne discreción, algunas en ocasiones especiales, como en las fiestas de Aniversario; o en el importante día de Mayo en que contraje matrimonio con mi imprescindible Maia; recuerda que la lluvia obstinada que había comenzado días antes nos regaló una tregua con sabor a milagro que terminó justo esa misma noche, tras la celebración.

Yo te correspondía de vez en cuando. Recuerdo los almuerzos en tu mesa redonda, que tantos amigos afortunados disfrutaron, en aquel espacio de estar y leer, cada cosa en su sitio; y la amable sobremesa

compartida a veces por tu indispensable hermano Javier. Y te recuerdo, atento y risueño, expresándote a tu manera, preguntando lo justo. Sabia manera, además, de compensar el torrente dialéctico de los demás...

En aquella última carta te adjuntaba también una composición fotográfica con fondo de la Catedral del Niño y una frase de Jean Cocteau: *"Hay que saber dónde está el límite para poder llegar"*, que te dedicaba a ti: *"A Luis, que sí lo sabe"*. Doy fe. No podría ejercer de *tío alberto* sin tener el don -mérito heredado- de vislumbrar el interior de las personas; así es que me permito asegurar que debes sentirte orgulloso de tu paso por la tierra. Me gustaría emularte en tus aciertos, personales, empresariales... Como tú yo me empeño cada día en ser prescindible -las obras que desaparecen con la marcha del fundador no han merecido existir- y ojalá, como tú, lo consiga, y la Ciudadescuela cuente, en ese ineludible y definitivo quite, con su propio ángel: Ron Güimil, su propia *"pacífica continuidad"*. En ese sentido, es esperanzador que en aquella reciente ausencia, que aunque se auguraba definitiva resultó coyuntural, la Ciudadescuela ha funcionado sin extrañarme demasiado.

Y suscribo las palabras de Enrique Miret Magdalena, a quien nos unía mucho más que la discrepancia respetuosa: ojalá que tu muerte *"sea recordada en un mundo en crisis religiosa donde están enfrentados creyentes contra increyentes y creyentes entre sí"*. Así sea...

Luis, gracias una vez más por lo que has hecho y puedas hacer, ya como ángel custodio, por tus familiares y próximos, por nosotros, nuestra Ciudadescuela y sus ciudadanos grandes y chicos.

Amoristad.